

tidia también la pretenciosa sociología de algunos caballeros de América que juegan a la seriedad para sentirse sajones. ¿Para explicar lo que tiene de bueno Chile, no recurrió el ingenuo y honesto don Nicolás Palacios a unos fantásticos entronques germánicos? Risa andaluza contra la pedantería de estos caballeros. Y los andaluces desde la altura de sus treinta y más siglos de historia—Iberia primitiva, cultura púnico-andaluza, Tartessos, Bética romana, Andalucía visigótica, omeya, morisca, etcétera—podrían entonces mirarnos con desdén.

Neutralice en buena hora el simpático y viviente librito de Gil Benumeja, que debe ser hombre de veinte años y promete interesantes trabajos de interpretación, nuestro pretendido sajonismo y contentémonos con llamarnos orgullosamente Silvas, Pérez o González. Andalucía es tierra noble ornamentada por la Historia, la Naturaleza y el Arte.—M. P.-S.

## NOVELA

EL DIARIO DE COSTIA RIABTSEV, POR  
N. Ognev.

—Nadie ha de compensarte el martirio que—en aquella noche de insomnio transcurrida en la granja—te hizo sufrir la posibilidad de acercamiento entre alumnos y alumnas; como nunca han de justificarse la majestad de tus gestos y el autoritario acento de tus observaciones. Eres maestra de escuela soviética, Elnikita; allí está el plan «Dalton»; allí, la auto-discipli-

na, las frecuentes sesiones turbulentas del «Comesc»; allí también Zin-Palna, en soledad de genio vidente, sufriendo en sí misma los rigores de su energía reguladora que da continuidad a la obra, rectitud sin absolutismos, austeridad no despojada de misericordia; y Nicpetoj, el buen Nicpetoj, que escucha confidencias, aconseja, alienta, defiende, corrige sin castigar, serena su justicia, suave y segura la entonación. Has de aminorar la importancia que te concedes, Elnikita; la causa redención y la vida aprendizaje; eres «maesc» y los maestros soviéticos estudian, en infantiles conciencias, una lección trascendental.

Difícil de adivinar el término a principios del camino. Primero, impertinentes desmayos impresionantes; luego, farsa suicida; y sólo en el escenario revélanse, más tarde, temperamento y aptitudes de Zoia que—encarnando a Ofelia—saborea el encanto de las ardientes frases que se ha resignado a no oír, ni pronunciar, en la vida; en tanto, Lina aspira incansablemente a un papel heroico: se insinúa, pide, suplica, trata de impresionar participando en la aventura del laboratorio, persigue venganza anónima y desahoga, finalmente, su despecho en torpe caída, que da pretexto para escribir al amado llorosa y romancesca carta. Temperamentos que, no obstante su dualidad, parecen uno mismo en diversas etapas sucesivas: Lina y Zoia; el turbio Palkin, organizador hipócrita de «juergas clandestinas»; Alioja, el ladronzuelo alcohólico, desertor de la escuela, que la policía atrapa entre malhechores, para entregarlo a la piedad de Zin-Palna; y, acaso antes de Palkin y Alioja, Se-

rioga, eterno descontento, agitador innato, con visión deforme y exagerado gesto, en constante embriaguez de rebeldías. De cierta manera, la madurez espiritual requiere sufrir en una la tortura de varias vidas; hay cosas que no se explican sino miradas desde dentro y para penetrar es menester dolor. Costia desdeña a las chicas, con repugnancia de la fraseología romántica, y sabe encontrar, tras soledad meditativa y versificadora, el amor de Silva, hijo de intimidad espiritual, sereno, firme y sobrio; el sistema «Dalton», los «colonos», las tareas del «Alvéolo», las polémicas periodísticas, los procesos turbulentos, interrogaciones angustiosas que esperan respuesta del tiempo; indagaciones, propósitos, caídas, preceden a la pubertad que consagra el instinto; reflexión, análisis, dolorosa conciencia de la propia desorientación, traen consigo, en el fervor de este profundo y constante idea-

lista, la pubertad del espíritu que—tras aquel curso de vacaciones, en que, por sí mismo, aprende, cómo ha de hallarse cada uno en lo suyo—señala el término del noviciado y abre sitio en las filas del «Comsomol».

Tal *El diario de Costia Riabtsev* (1). Ni un baedeker del laberinto institucional, ni el prejuicio de las apreciaciones, ni los riesgos de la profecía; niños—solamente niños—en vida escolar; esto es, conciencias ante un principio, instintos en la estepa donde todo es camino. Aquí de Kurt Eisner, «más que la revolución política, me interesa la revolución moral». O mejor—donosa frase de Ortega y Gasset—, «la revolución no es la barricada sino un estado de espíritu».—F. Ortúzar.

---

(1) *El Diario de Costia Riabtsev*, por N. Ognev. Traducción directa del ruso por Tatiana Enco de Valero y Benjamín Jarnés. Madrid, 1929.